

UTOPIA ENCARCELADA

Lo único que recuerdo es el atronador impacto. Un estruendo horroroso que me partía los huesos. Un estruendo macabro que me partía el futuro y el posterior silencio de falsa paz. Una calma impostora. Unos párpados cerrados en el intento de no despertar. Sin embargo un día se abrieron como el telón de una vida, destapando una farsa. Quizás la culpable fuese una ligera brisa allanando la immaculada habitación de hospital. O puede que no hubiese ninguna razón especial. El caso es que mis oscuras y vacías pupilas consiguieron enfocar una realidad que nunca pensé que experimentarían. Intenté cerrar los ojos aturdido al vislumbrar un techo pálido que no se me hacía familiar. Traté de mover un brazo para poder pellizcarme la mejilla. Y fue en aquel mismo instante en el que me percaté de que el telón de mi vida había sido destapado y las cortinas se habían rasgado en largas tiras imposibles de volver a coser. La aguja y el hilo se deslizaban entre mis dedos inertes e inútiles al son de la crueldad de la cámara lenta. Al cabo de un tiempo acabé aceptando la despiadada realidad que me había tocado a mí y no a otro más. Al fin y al cabo es lo que una persona da por hecho. Jamás esperarías un destino similar asomando tras el escenario con futuras manos ensangrentadas. No obstante, en aquella cama me encontraba postrado, a la lumbre de unos focos que no emitían luz alguna. El mundo dejó de girar para mí. De vez en cuando oía a algún que otro médico hablar a mis espaldas con cualquier familiar. Mencionaban horribles pronósticos con voces pausadas y tenues, intentando suavizar el puñetazo de hipocresía. Tras las confesiones, la gente comenzaba a emitir suaves sollozos, se acercaba a mi cuerpo inmóvil con manos temblorosas y acariciaban mi rostro mientras sus lágrimas sin color se deslizaban por mis mejillas en un fallido intento de suplantar a las mías propias. Entonces salían por la puerta con torpeza entre pañuelos. Hubiera dado lo que fuera por acompañarlos al exterior de aquella oscura estancia de paredes blancas. Una cárcel albina sin más barrotes que mi propio sistema nervioso y la utopía de mis pensamientos. Entonces lloraba en mi interior, ya que en el exterior hubiera resultado un sueño inalcanzable.

Claudia Martínez Vallejos. 3º ESO